

DR. ELOY RICO RODRÍGUEZ

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN DE LOS
INSTITUTOS DE HUELVA Y SANTIAGO

PREMIO EXTRAORDINA-
RIO EN EL DOCTORADO

CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA



— PALENCIA. — IMP. Y LIB. DE
QUIROGA, LITER Y HERRERO
CONDE DE GARAY, 6. — 1912. —

G-F 16304

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66-68

MADRID

libreriajimenez.com

D666
A

TESIS DOCTORAL



CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA

+ 176160

Concepto científico de la Historia

Importancia de su misión educadora.

Presentar un trabajo de índole tan vasta, de carácter tan general y dilatados horizontes, nada menos que á título de Tesis doctoral, cuando nos hallamos á los umbrales de la labor científica, y carecemos de la consagración de la experiencia, es, á no dudarlo, atrevimiento á que sólo la benevolencia de los ilustrados jueces encargados de juzgarle podrá otorgar cumplido perdón, ya que lo que falte en precisión y determinada doctrina no es seguramente por falta de voluntad y buenos deseos. Por otra parte, al presentarme á recibir de vuestras manos la más elevada cumbre que el Estado concede en las carreras literarias, teniendo dedicada mi actividad á una misión educadora, creería faltar á mi deber no aportando al plantel

del común saber un estudio general y expansivo en el cual se refleje cumplidamente la forma de cristalizar vuestras enseñanzas en mi conciencia. Por eso, si véis resplandecer la fiel interpretación de la realidad en alguno de mis conceptos, no les atribuyáis á mi insignificancia y pequenez, sino á la disciplina mental que supísteis sembrar en mi entendimiento, y que como justa cosecha toca á vosotros recoger.

Difícilmente, repito, podemos encontrar asunto más general, pero que, al tomar color personal á través de las individuales conciencias, presente más variados matices, ofrezca más facetas á la discusión, y pueda colocar el espíritu humano, con respecto á la ciencia de la Historia, en ese campo donde desaparece la línea entre la verdad conquistada y la que las nuevas investigaciones tratan de descubrir; línea de combate admirable, en que debe luchar por la verdad todo obrero de la inteligencia.

También se desliza nuestra pluma, cruzando por la mente recuerdos cariñosos y respetos profundos en aras de los sabios maestros, honra y prez de esta casa, ya fallecidos; y, en atención á las comunes aficiones, á los trabajos generales que en vida á uno muy significado me ligara, he tratado este tema, en modo alguno relegable al olvido.

Las ideas generales, como todo mental trabajo, como una obra científica cualquiera, no son nunca la obra de un solo hombre. Fruto de la conciencia universal, se modifica y cambia por aquel ad-

mirable modo que permitió á Hegel establecer su teoría del *Devenir*.

Son la condensación del pensamiento en una dirección dada, las energías ^{psíquicas} ~~físicas~~ de la humanidad reflejada en el proceso histórico, que van creciendo por adición por esas series de conexiones y adaptaciones, en las cuales adquiere unidad y armonía lo fenomenal y vario como resultado de las interpretaciones de la inteligencia colectiva, sin que en esta hermosa tarea el individuo ponga otra cosa que su propia personalidad, al sentir inflamadas las fibras más delicadas de su espíritu por la conciencia universal.

Guardan las ciencias todas, en el campo especulativo y en sus prácticas manifestaciones, relaciones de compenetración y mútua influencia, en cuyo conocimiento sintético, más bien que en los detalles particulares que adornan cada una de sus ramas, estriba la orientación compleja que sella el carácter de la evolución del pensamiento en un momento dado. Ahora bien, como esta evolución es forzosamente progresiva, la idea, el concepto que de cada ciencia tenemos, renovándose siempre, si bien persistiendo en su unidad, preséntase á todo entendimiento ofreciendo caracteres nuevos, puntos de vista no estudiados, que servirán para ese continuo tejer y destejer que hace de la ciencia humana la tela de Penélope, en el campo donde termina lo adquirido y comienza la nueva investigación. Llamamos á este campo, cuantos sinceramente nos dedicamos al cultivo de la verdad,

aportamos el granito de arena que sirve para que el genio, cual otro venturoso Ulises, arranque á la realidad sus secretos, destruya teorías é hipótesis anteriores, por haber logrado el descubrimiento de la ley que, á manera de nuevo sillar, vendrá á engarzarse en el edificio de la Ciencia, unido por ese granito de arena que cada uno aporta; porque en este orden tan elevado, tanto por lo menos como en el mundo material, cabe aplicar sin temor á duda la luminosa frase del naturalista ilustre: «*natura non facit saltum*».

Tales son las principales consideraciones que han impulsado nuestra voluntad á dar preferencia al tema indicado, y hemos creído conveniente dejar consignadas á título de introducción.

Cumple á nuestro propósito, antes de entrar de lleno en el desarrollo del asunto, señalar con precisión lógica, en cuanto sea posible, el orden y método que á manera de ley presidirá su composición. Procuraremos fijar la valoración de la Ciencia de la Historia, para de ella deducir la misión que como educadora cumple en el orden práctico de la vida.

Para lograr nuestro objeto, nos proponemos desenvolver estas especulaciones en tres capítulos á nuestro juicio rigurosamente enlazados.

Primero.—NATURALEZA DE LA VERDAD HISTÓRICA.

Segundo.—CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA.

Tercero.—VALORACIÓN EDUCADORA DE LA HISTORIA.

Naturaleza de la verdad histórica.

El hombre, ese microcosmo de la sabiduría griega, imagen de Dios para la concepción religiosa, compuesto vivo de espíritu y materia, inmortal el primero para el sutil y delicado psicólogo, enigma finalmente que ofrece á los serenos ojos de la Ciencia tan marcados contrastes en su naturaleza y modo de obrar, que bien podemos asegurar serán la eterna esfinge de la razón humana, mientras no nos elevemos al orden absoluto, dentro del cual desaparecen las antinomias del detalle, por encontrarse constantemente sometidas, en una subordinación suprema, á las impenetrables leyes que ordenan, rigen y mantienen en perfecta armonía la vida del conjunto cósmico.

Con razón la sabiduría griega consignó en el templo de Delfos como piedra angular de toda filosofía el conocimiento de sí mismo.

Pues bien, el hombre, como todos los seres, busca su finalidad en la realización cada vez más cumplida del concepto de su naturaleza.

Mas este compuesto humano, en el que es innegable la coexistencia de organismo material y energía anímica finita, pero con tendencia á la verdad, la bondad y la belleza elevadas á grado absoluto, tropieza con las arideces de la realidad, con las resistencias que le opone la misteriosa naturaleza. La conquista de la verdad no es obra de un día, el descubrimiento de la ley vá precedido de una serie de tanteos; y no pocas veces la peculiar limitación de nuestras facultades ha dado lugar á que el escepticismo se apodere de los mejores entendimientos, ó á que los más se circunscriban á la tarea nimia del detalle, sin elevarse jamás á lo complejo, de donde únicamente puede dimanar el progreso científico.

Ambas deserciones del honroso puesto no acusan en último término sinó un desequilibrio entre la inteligencia y la voluntad; son desfallecimientos del querer, y deben calificarse con la dura frase que merece el soldado cuando atacado en la refriega, huye del enemigo ó procura luchar en última fila.

Poderoso acicate debió ser en los comienzos de la vida humana ese maravilloso instinto de curiosidad que hoy solamente podemos apreciar en el niño, y al que hoy, integrada la vida moderna por factores tan numerosos como varios, solo podemos llegar por un esfuerzo de abstracción. Su-

primid cuantas conquistas han sido debidas al pensamiento; prescindamos de las actividades sociales todas que hoy apreciamos en medio de rápido y creciente progreso; y tendréis una humanidad infantil, dotada de fantasía impresionable por demás á presencia de los variados fenómenos de la naturaleza, hoy por nosotros, por sernos familiares, apenas apreciados. La luz del sol, la luna, las estrellas, la variación de estaciones, la germinación de las plantas, la inmensidad del mar; en una palabra, esa renovación continua de las cosas, esos fenómenos de la vida y de la muerte que mantienen en perpétuo equilibrio el cosmos, no les atribuyamos á esas energías naturales hoy dominadas, y lograremos obtener un pálido reflejo de los poderosos estímulos que tuvieron los hombres, en los comienzos de la vida histórica, para dar los primeros pasos en la investigación científica.

Ese poderoso instinto de curiosidad ofrece como corolario perfectamente lógico el deseo de conservar las conquistas realizadas por el hombre en la dura lucha con el medio. Ved aquí el origen de la tradición; la trasmisión oral de generación á generación de los sucesos y acontecimientos, fuente de verdad histórica muy anterior á la tradición escrita ó narración.

Cuando, en virtud de un nuevo desarrollo en la personalidad colectiva, sufren nuevas diversificaciones las actividades sociales, el espíritu satisface los poderosos incentivos de perpetuación mediante los nuevos medios que su actividad ha

creado, la escritura: por ella los sucesos y acontecimientos obtendrán firmeza perdurable. Ved aquí el origen de la narración.

Pero, á medida que nos elevamos en la corriente de la vida humana, el movimiento material de la misma se produce de modo más intenso, y simultáneamente la vida de sentir colectivo es de por sí suficiente para que los espíritus mejor dotados interpreten los comunes deseos: reformadores religiosos, grandes conquistadores, excelsos poetas y gloriosos artistas viva nos dejan en sus obras el alma de la sociedad que les tocó en suerte. He aquí la literatura y los monumentos artísticos, fuentes preciosas para el estudio de tiempos pasados.

De otra parte, el ordinario vivir, el detalle nimio, la prosa de la vida, no ha de ser destruida por completo por la demoledora y continua acción del tiempo. Las capas de la tierra guardarán en su seno algún recuerdo de otras edades; vayamos á ellas, interroguémoslas. Ved ahí la Arqueología, con la vieja vestidura de los siglos, que sabrá contestarnos si le interrogáis con mirada profunda y discreta.

Tradiciones, Historia escrita, Literatura y Arqueología: tales son los poderosos registros, y las limpias fuentes adonde forzosamente hemos de acudir para resucitar las sociedades y los pueblos que nos han precedido en el camino de la vida.

Resucitar con toda fidelidad la vida de los pueblos, es la tarea de la Historia. Presentar completa subordinación nuestros conocimientos á los he-

chos tal y como sucedieron, constituye la marca que la verdad histórica caracteriza: su nota peculiar la sella este rodeo intelectual.

Mas esta resurrección de edades finadas, la adquisición de la verdad en una realidad distanciada de nosotros en el espacio y en el tiempo, ¿ofrece caracteres asequibles á la inteligencia?

De tener es en cuenta esta observación, porque plantea por entero la cuestión del escepticismo histórico; y si tratamos nada menos que de fijar en este trabajo el concepto científico de la Historia, es decir, de fijar su valoración científica, forzoso se hace analizar el problema, para demostrar libre de escollos, en el capítulo siguiente, el carácter rigurosamente científico de la Ciencia Histórica, toda vez que sus métodos, idénticos á los seguidos por las demás ramas del saber humano, varían únicamente en razón de la peculiar índole que á la Historia distingue; ya que su extraordinaria complejidad da lugar á que en ella se planteen problemas más intrincados y difíciles de resolver que en las más profundas matemáticas.

Porque, bien meditado, fueron á veces talentos de primer orden los que pusieron en tela de juicio la posibilidad humana de adquirir la verdad histórica. La Ciencia humana toda estudia y descubre la verdad en una realidad que tiene presente: el matemático, el físico, el químico, lo mismo que el naturalista y el filósofo, disponen de la observación directa, practican la reflexión y el experimento; y, merced á estos medios, llegan á la con-

quista de la verdad, crean inventos ó descubren leyes; hacen ciencia.

Solo el historiador se encuentra frente á frente con la realidad que ha de estudiar, separado de la misma por el abismo insondable de los tiempos. ¿Podrá, con el auxilio de las fuentes y el ejercicio de su inteligencia, resucitar la vida pasada en los términos apropiados y precisos, para emplear la observación, comparación y clasificación, llegando al descubrimiento de leyes? ¿ó jamás resucitará cumplidamente la verdad en los hechos ni en el espíritu de las edades? Y si entonces pretende, sobre tan falsa base, ejercitar el pensamiento ¿cómo sus concepciones van á ser sino bonitas creaciones de la mente, creaciones hermosas, cuanto se quiera, de la fantasía, que, sin valor ninguno en la realidad, formarán de la Historia una hermosa novela, pero jamás una disciplina científica?

Ante la magnitud de este problema, preciso es analizar con algún reparo. ¿Procederá la imposibilidad de que las fuentes históricas no sean elementos bastantes á resucitar la vida pasada, ó será proveniente de la inteligencia, es decir, de incapacidad para acertadamente interpretarlas?

Consideradas en sí, Literatura y Arqueología, supongo yo que nadie pensará que falsean la realidad histórica. La Literatura nos marca paso á paso todo el proceso de la vida mental. La Arqueología, no será preciso definirla; cuanto de artístico, en el más amplio sentido de la palabra, queda sobre la superficie de la tierra ó enterrado en su

amoroso seno, cabe agruparlo en torno de este nombre; y esto aparece también tal y como fué.

Podrán estos mudos testigos de la vida pasada ser interpretados sin acierto, mas desde un criterio objetivo no es dado suponer que desvirtuan la verdad, á menos de ser un insensato.

Ideas y finalidades de la vida pasada ¿eternamente viviréis en la Literatura? Sentimiento de las generaciones que fueron, ¡qué claramente habláis por la muda boca de los sublimes encantos del arte! Detalles íntimos del vivir ordinario de las sociedades muertas, ¡qué generosos sóis con los que os buscan en los restos arqueológicos!

Ved dos fuentes de inestimable valor deseosas de resucitaros fielmente la vida de los que nos han precedido.

Literatura y Arqueología, sóis el alma y el cuerpo de la Historia. Ofrecen tradición y narraciones más facilidad de error, ó lo que es igual, exigen más reparos como fuentes de verdad. Toda tradición, por una sugestión peculiar del sentir colectivo, aparece desfigurada, en razón directa del tiempo como si la generación que en su seno recoge hechos tradicionales comprendiere la acción demoledora de los siglos, suple los elementos que roba el olvido por el encanto de lo maravilloso que ha ejercido, ejerce y ejercerá durante mucho tiempo, y quizá siempre, honda impresión en la conciencia de los hombres.

Las narraciones escritas ofrecen además cuantos peligros pueden invalidar el testimonio en sana

lógica, puede el narrador engañarse, puede engañar deliberadamente á los demás.

Pero son poderosas estas imperfecciones presentadas para que prescindamos de la tradición y narración como fuentes de verdad? En modo alguno; no es lícito pensar que la regla general sea el engaño. Neguemos entonces toda la vida social, y reduzcamos todo humano discurso en torno de lo que en nuestra corta vida sucede. La tradición y narraciones son también claras fuentes surtidoras de las limpias aguas de la verdad, una vez depuradas en el finísimo filtro de la crítica.

Si nuestros medios cognoscitivos son adecuados para interpretar en su justo valor los datos precisos, que las fuentes citadas nos ofrecen, es legítimo deducir que lograremos en el orden histórico el sazonado fruto de la verdad: veámoslo.

Siempre investigando un más allá, colocando su inteligencia en un horizonte más amplio y dilatado, logra el hombre, merced al asombroso movimiento de su inteligencia, arrancar á la naturaleza sus arcanos; mas, como esa realidad es infinita, semejante al Tántalo de la leyenda, cuando el humano ser cree haber satisfecho su entendimiento, la verdad absoluta, al conjuro de mágico maléfico, se retira presurosa dejando un más allá cada vez más complejo en cada verdad conocida. Ahora bien, si poderosamente solicita nuestra mirada el mundo material, cuánto más no somos incitados á descubrir los arcanos de nosotros mismos. ¿Por qué nuestra vida actual es como es? ¿á qué debemos el

momento histórico presente en que abundan elementos tan ricos y varios? Ved aquí la pregunta que se formula á sí mismo todo espíritu reflexivo. ¿Por qué? ¡Ah! el deseo de conocer lo pasado como forzosa explicación de lo presente; es una necesidad peculiarísima del espíritu humano. Cicerón lo adivinó, cuando decía «*Nescire quid antea quam natus sis aciderit, id est semper esse puerum.*»

«La Historia es una resurrección,» aparece escrito en la tumba de Michelet, y qué verdad encierra esa frase! ¿Qué es el presente sino la consecuencia del pasado? ¿Qué es el hombre sino un eterno niño desconociendo la vida de los que bajaron á la tumba? ¿Cómo podrá formar su integral ética sin el conocimiento de sus modelos? Con razón hace notar Weber ese encanto que la Historia ofrece, no exento de idealidad poética, muy por cima al interés y á los goces de la vida actual. Nada hay tan trágico, ningún drama más bello que la vida del hombre retratada en la Historia; por eso en este caso la poesía viene en su apoyo. Como dijo el poeta: «Cualquiera tiempo pasado fué mejor.»

Si, pues, las fuentes históricas nos ofrecen y brindan la resurrección del pasado, y el historiador, una vez capacitado de los elementos técnicos ó instrumentales necesarios para interpretarlas, puede con éxito lograrlo poniendo en juego las acertadas luces de la crítica; si esta resurrección de las civilizaciones muertas ofrece tanto interés y se tradu-

ce en tan poderoso acicate: ¿es posible poner en duda la realidad positiva de la verdad histórica?

Sucedo, sí, que la verdad y la Ciencia de la Historia, por la complejidad de su asunto, la vida humana á través del tiempo, preséntase á veces en condiciones tan abstrusas que verdaderamente hacen difícil inducir la ley á través de lo fenomenal y vario del hecho. De otro lado, su campo amplísimo puede ser espigado desde puntos de vista diversos.

Además, siendo la ciencia manifestación del espíritu humano en el orden sucesivo del tiempo, y siendo cabalmente la Historia la resurrección de la vida pasada, con el objeto de inducir sus leyes, se comprende sin dificultad la grandísima cultura, la amplitud de relaciones de que debe el historiador hallarse adornado y ser capaz. Separados estamos de la vida histórica; pero ¿qué es el presente sinó un eslabón de esa cadena? ¿No quedan por virtud, en nuestra naturaleza, por esa ley admirable de herencia física y social vivas en cierto modo las energías colectivas? ¿Podrá el historiador sin desenvolver la observación en la sociedad actual penetrar en el mar proceloso de las sociedades que ya no existen? Si no tonifica su espíritu con el ejercicio de todas las energías intelectuales que permiten todo género de adaptaciones y tolerancias compatibles con el ideal, ¿cómo podrá juzgar con tino personas é instituciones de tiempos pasados, que para ser acertadamente interpretadas obligarán en ocasiones mil á desprendernos del presente y

colocar el espíritu en la época de los personajes, hechos é instituciones que estudiamos?

Pero estas dificultades que la conquista de la verdad histórica ofrece comparada con la facilidad más relativa del conocer en otras esferas de la especulación, parecen aumentar el interés y colocarla en primera fila. Preguntemos á la inteligencia las dificultades con que tropieza para conquistar su objeto en *la seriación* científica y responderá: La naturaleza del objeto que estudio me sirve de proporcionalidad para medir los obstáculos que en la conquista de la verdad tropiezo; es verdad que en todo busco un más allá, y mi nota peculiar y exclusiva es la determinación infinita y continua del conocer; pero, mientras en la Matemática cultivo relaciones simplicísimas y siempre exactas, quedo prisionera y sometida á la observación y fenómeno, cuando me utilizáis en Física y en la Química; y cuántas veces cuando creo haber descubierto una ley, la caprichosa naturaleza enmascarada á través de un nuevo fenómeno que la contradice, invalida mi teoría. Sólo en fuerza de atención y vigilancia arranco á la realidad sus secretos: entonces descanso porque, descubierta la ley, jamás los seres que estudio se burlan de ella. Así *paso á paso* os diría la lógica de cada ciencia particular; y al final de su discurso colocaría la Historia, porque su objeto es la humanidad desarrollada en toda la armonía del conjunto y en la sucesión de los tiempos y sus leyes tan

extraordinariamente complejas como el agente que las produce.

¿Hemos de negar realidad á la Historia por las dificultades que defienden su dintel? En modo alguno. Proviene de la misma grandeza de su objeto, de la índole propia de su asunto; con qué profundo estímulo solicita la inteligencia. Mientras los seres que estudian la realidad transcendente carecen de libertad y obedecen necesariamente á las leyes de afinidad y cohesión; mientras el mineral y el vegetal realizan su finalidad, transformándose según las leyes de la mecánica cósmica, para servir á la vida universal; mientras el animal guiado por la ley providencial de su maravilloso instinto, perfecto en su género, obedece la citada ley perfeccionando de una manera inconsciente, mediante los procesos de selección las líneas de su arquitectura específica, sólo el hombre es progresivo; sólo él es perfectible; sólo él crea el mundo del pensamiento, de la bondad y la belleza; sólo él siempre desea, siempre ambiciona, y á través de tan tremendos choques que ha sufrido en el yunque de los tiempos, el espíritu humano cada vez más poderosamente forjado, corre presuroso en pos del ideal y sirve á la ley Universal en un mundo completamente nuevo, si bien no desarmónico del que ordena y rige el resto de los seres.

Sintetizando: la verdad en el orden histórico no es un sueño imposible. Abundantes las fuentes históricas; perfectamente determinados los méto-

dos científicos de las ciencias auxiliares que han de capacitarnos en la difícil tarea de interpretarlas con acierto; la relación de subordinación entre la realidad conocida y la inteligencia investigadora, lazo en que se estriba toda verdad; es por tanto perfectamente asequible en la especulación histórica. La manera indirecta, el rodeo á que se vé obligada la inteligencia al desarrollar su actividad en realidad separada de la vida presente por el tiempo, expresa en la necesidad precisa de resucitar fielmente los hechos, sella, marca y determina el peculiar carácter, la naturaleza de la verdad en el campo de la Historia.

Concepto científico de la historia.

Puede el espíritu humano merced al esfuerzo de su inteligencia vivificar los hechos pasados, presentar á los asombrados ojos de la generación presente el noble drama de la humanidad; pero, ¿es capaz de penetrar en el espíritu de esa resurrección hermosa, arrancando á los hechos su alma, precisando el orden de valores sociales en el curso de la vida, indicando leyes, descubriendo la unidad que rige la Historia á través de lo variado de los hechos llegando á crear ciencia en el riguroso sentido de la palabra? ¿Quedaré eternamente cual tierno infante que contempla los airoso movimientos de precioso juguete cuyo mecanismo desconoce ante la superficie de las cosas, dirigiendo á los hechos mirada escrutadora, pero sin penetrar en las relaciones que los unen, ni descubrir las leyes que los rigen? De resolver la duda, depende la valoración científica de la Historia. Si

en el descubrimiento de los hechos por ventura terminase toda especulación, la Historia, ofreciendo á primera vista todos los caracteres aparentes que en el caso antes citado, sería semejante á un ser sin vida, porque le faltaría el vivificante soplo del alma.

Verdad es que las diversas escuelas que con carácter marcadamente filosófico años atrás cultivaron la ciencia de la Historia, fueron desdeñadas prontamente, reemplazadas por la tarea monográfica y de detalle, llegando en nuestra patria en algún caso hasta la idolatría del documento, por aquella tenacidad que las novedades, aun en materia de ciencia tienen, llevando en casos extremos á dejar convertido en yermo erial el criterio propio. No queremos restar valor á la investigación seria é inteligente, no. Eminentes críticos que pasáis la vida en la compulsación de documentos á fin de descubrirnos el alma de una institución, con vosotros está el reconocimiento de la Historia, porque á través del microscopio de vuestra técnica, descubre el escalpelo de la inteligencia, la musculatura de la Historia, permitidme la frase.

En el fondo, ante la razón serena, lo que parece antitético en el problema que nos ocupa sólo es distinto, cosa muy diferente.

Las viejas escuelas de Filosofía de la Historia, por deficiencias instrumentales, no pudieron apreciar en su justo valor la realidad estudiada. Su ensayo fué prematuro. Conocieron la realidad en una relación falsa, y la acción intelectual que so-

bre la misma derramaron, si tiene muchas veces el encanto de las creaciones artísticas del genio, carece de rigor científico. No de otro modo se equivoca el químico, cuando habiendo atisbado una teoría, observaciones que la contradicen invalidan su acción intelectual.

Surgió, pues, la reacción en contra de las inducciones prematuras; la necesidad imperiosa de resucitar fielmente los hechos determinó en los doctos inusitado afán por buscar y esclarecer las fuentes, de la misma manera que el químico del simil suspende el ejercicio del entendimiento para estudiar mejor la realidad.

¿Sabéis dónde está la exageración? Qué diríais de ese químico si, porque fué una vez engañado, renunciase á ejercitar la inteligencia en la ciencia que cultiva? ¿Sería entonces una ciencia la Química? Pues así os comportáis los que en el estado actual de los conocimientos históricos queréis matar el pensamiento en el ancho campo de la vida de las sociedades.

La razón humana no es susceptible de permanecer inactiva ante la realidad que estudia. Corrige los defectos en que un día incurre, y se levanta de cada caída más animada á conquistar la verdad.

Escuchad lo que os dicen maestros tan distinguidos como Monod en las sesiones del Congreso de Historia celebrado en Roma en 1903. ⁽¹⁾ «Asis-

(1) Enero de 1909. «Revue Historique».

timos actualmente en Alemania, el país clásico de la erudición y de la crítica, de la micrografía histórica, á una violenta reacción á favor de los trabajos de Historia General, de Filosofía de la Historia, de Metodología Histórica. Se busca con pasión el sentido de la Historia, las grandes corrientes de civilización, la medida de los valores sociales en la Historia».

Consultad la opinión de Vanderkinderse, Rector insigne de la Universidad de Bruselas: ⁽¹⁾ «Por reacción contra las generalizaciones prematuras, la escuela histórica contemporánea modesta y severa no aspira á la síntesis, la desdeña para entregarse por entero al análisis; no conoce más que los hechos y fechas. Los archivos son escabados en todos sentidos, y el más ínfimo detalle da lugar á no pequeñas discusiones. Esto es recomendable, seamos exactos en Historia como se es en Química. Pero es preciso además que se entrevea la posibilidad de una conclusión; porque sinó, el interés desaparece, y la colección interminable de observaciones degenera en un caos confuso y poco simpático. Si la Historia, para no ser novelera y metafísica, debe renunciar á despertar ideas, héla ahí de nuevo en mala postura».

¡Qué claramente nos indican estos autores la necesidad de acometer con valentía la labor de inducción histórica! ¡Qué comprobada vemos la opinión por nosotros sustentada! En cuestión de

(1) Coius d' études historiques. 1909.

investigación científica, del orden que sea, hemos de ser prudentes en fijar límites al conocimiento. Desde las categorías aristotélicas, en las cuales el filósofo estagirita quiso encerrar y como encasillar el pensamiento, hasta los límites que pensaron trazarle modernamente Spencer y Hartham en lo que llamaron lo incognoscible y lo inconsciente, no han bastado á detener la ola avasalladora de la inteligencia, una y otra vez rompiendo esos diques, proclamando sobre la propia cabeza del genio su independendencia soberana y augusta.

Analícemos el objeto de la Historia y estudiemos también el sujeto agente de los hechos, materia prima sobre la que el historiador labora.

Los hechos humanos: he aquí los materiales que, después de tallados por la crítica, serán utilizados en el edificio de la Historia.

El hombre, en su más amplio sentido, la humanidad: he aquí la causa productora de los hechos que la Historia estudia.

Analícemos los hechos humanos y el sujeto que los determina, tal como se presentan en el orden lógico. Hecho, como decía el insigne sociólogo Sales y Ferré, es «toda actividad efectuada á un fin y limitada en todas sus relaciones». Pudiéramos también definirlo como toda energía realizada en la forma sucesiva del tiempo. Leer, jugar un tablero de ajedrez, lo mismo que producir una obra de arte ó realizar una conquista, ejemplos son de hechos humanos.

Aparece integrado todo hecho por tres facto-

res: causas ó intenciones, curso ó desarrollo, y consecuencias. Por el primero, se enlaza con los anteriores; constituye el segundo el proceso de su desarrollo; forma el tercero el antecedente necesario de hechos ulteriores. Sin embargo, ¡qué diferencias más notables ofrecen los hechos al compararlos entre sí! En los mismos ejemplos citados, mientras la lectura y el esparcimiento son hechos puramente individuales, la producción de un libro ó de una obra de arte es individual y colectiva, en cuanto procede del alma del artista reflejando la vida social, y cabalmente su valor radica en la genialidad con que el artista ó pensador ha sabido interpretarla. La realización de una conquista, el desarrollo de una institución son hechos plenamente colectivos.

La Historia estudia hechos; pero, como en medio de sus notas comunes, presentan tan variadas diferencias, ved acercarse con paso presuroso esa luz de la Ciencia, que se llama Clasificación, á discernir y valorar los materiales de que aquella se forma.

¿Serán utilizados estos materiales por igual? Ahondemos un poco más, examinemos los caracteres de esa cadena que los hechos forman: veamos qué es la vida. Buchner, su discípulo Hackel, Hartham, Moleschot, Ardieta y otros muchos, considerando la vida en general desde el punto de vista más general y comprensivo, han emitido conceptos distintos, pero en los cuales se dibuja y deja entrever un fondo común, ora considerán-

dola como una serie de cambios simultáneos al par que sucesivos, ora admitiéndola, y esto es más claro, como la adaptación continuada de las energías internas de los seres con las energías externas. Esta adaptación permanente es la resultante forzosa de dos fuerzas que se integran: un movimiento, manifestación externa de la vida; una energía, manifestación interna y causa inmediata de todo movimiento. Cuando energías externas neutralizan las internas energías individualizadas en un determinado ser, el movimiento es sustituido por el equilibrio, es decir, por el movimiento en estado latente.

La vida, por tanto, en todo el enorme conjunto de sus múltiples y variadas formas, no es más que la exteriorización de esta ley: movimiento ó equilibrio.

Desde el ser microscópico ó la más simple célula viva, hasta los organismos más complejos de los seres superiores, en gradación armónica, todos obedecen esta ley: todo lo que vive, se mueve.

Es la vida humana una de las variadas formas de la vida, la más compleja. ¿Obedecerá á la ley universal que hemos citado?

Hémos aquí forzados por la precisa derivación y enlace de las cosas á estudiar el sujeto de la Historia: la Humanidad.

Sentado dejamos por incidencia en nuestro primer capítulo los caracteres peculiares de la individualidad humana. No hacemos pues sinó aclarar conceptos. Decíamos allí que, ante la razón

serena, aparece el hombre compuesto de órganos materiales admirables y de vital energía capaz de reconocerse en los actos de propia conciencia y adornado de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad. Es su cuerpo la obra más perfecta y diversificada de la naturaleza. ¿No pudiera ser lo que tradicionalmente venimos llamando su alma, su espíritu, la individualización más poderosa de la energía? Y no se quieran ver en este criterio, tendencias netamente materialistas; nuestras conclusiones, postulados forzosos de nuestro análisis, serán las del más delicado espiritualismo; pero estarán precisamente cimentadas en el rigor científico de la especulación: que si la ciencia de las religiones consistió en cristalizar en dogmas las conquistas del espíritu humano, la religión de la ciencia estriba en libertar el espíritu de toda sugestión que pudiera anular su aleteo y cegar su mirada.

No vive el hombre aislado; por imperiosa necesidad de su constitución específica, impúsole la naturaleza la vida colectiva y social. Sólo en el Océano de la vida social vienen á desaguar los riachuelos de nuestra individual existencia. Obedeciendo la ley del desarrollo, se manifiestan los resultados de la vida de cada uno mediante movimientos de la energía íntima que se traduce en la realidad por hechos humanos.

Obedeciendo á movimientos de la humanidad, se manifiestan las energías colectivas mediante hechos también colectivos que forman el caudal

histórico. Ahora bien, la nota peculiar del movimiento, la definición general que, como fondo común á cuantas concepciones abstractas de la vida dejamos señalado, ¿es aplicable á la Historia? Si hace otra cosa la humanidad en su camino por la tierra que proceder por una serie de adaptaciones cada vez más diversificadas, á la conquista de las externas energías que la naturaleza le ofrece, la contestación será negativa; pero la claridad de la respuesta se ofrece tan afirmativa como si fuese un axioma. El hombre, de modo cada vez más amplio, conquista y domina la realidad material.

La vida humana obedece, por tanto, á la ley indicada; pero téngase en cuenta que la nota peculiar que la regula reviste diferentes formas en armonía con la naturaleza de los seres en quienes se opera y á los cuales esta ley se aplica. Los movimientos que rigen los mundos sidéreos ofrecen, por ejemplo, caracteres muy distintos de aquellos que determinan las manifestaciones de la vida psíquica. Lejos, pues, de oponerse á su unidad biológica este modo distinto de ser el movimiento, confirma la universalidad de su existencia y lo absoluto de su unidad.

Decíamos en pasada página que la finalidad de los seres no era algo distinto á su esencial modo de ser y obrar, sino la realización en el tiempo de su propia naturaleza.

Proceden los seres vivos con arreglo á determinadas leyes que, con precisión á veces matemática, hoy nos ofrecen como determinadas conclu-

siones las Ciencias Biológicas. Estas leyes, regidas por admirable unidad dinámica, concurren en un punto, cima culminante de aquella ley dentro de la cual se mueven las demás: los seres todos, perfeccionando mediante movimientos su naturaleza específica, prestan y sirven los destinos de los seres superiores. Nada se pierde ni nada se crea; todo se conserva transformándose. No existen seres aislados, no hay individualidades separadas de las demás. El aislamiento no es posible en la naturaleza, porque sería la destrucción y nada se aniquila. Esta grandiosa ley, este principio, concepción la más ámplia de la razón humana, ya veremos por qué, tiene un nombre: Evolución.

La vida humana, en lo que de vegetativa y fisiológica muestra, obedece á ella forzosamente. El hombre, no puede sustraerse á la condicionalidad cósmica de su naturaleza orgánica; pero la vida espiritual, el desenvolvimiento psíquico, la Historia en su desarrollo, y por tanto el mundo de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad, ¿irán regidos por la ley de la evolución? ¿El mundo moral y el material, paralelos y como de la mano, llegarán á confundir sus líneas, á ser el mismo á la luz de esta comprensiva ley?

Porque, de ser así, la historia de la vida humana, alumbrada por astro de tan lucido brillo, no sólo tiene una ley rigurosa que le presta organismo científico; hay más, fijaos bien que, al estudiar al hombre colectivo, aparece en lo más elevado y complejo del sitial científico, y las ciencias

todas se honrarán grandemente con prestarle luces y apoyo en la solución de los problemas que su estudio presenta y ofrece.

Sólo por inducción sobre los hechos pasados y presentes, preguntando á las fuentes y observando la vida actual, vamos á procurar indagarlo.

Sería tarea fácil, mediante la especulación deductiva y un poco metafísica, si vale la frase, llegar de una manera apriorística á la conclusión de que la vida humana no es más que un caso particular de la evolución universal, aun cuando en armonía con la naturaleza racional del sujeto que la efectúa, determinada en la nota peculiar de ser consciente.

Procura la Ciencia positiva, proceder por inducciones rigurosas. Atenernos á este método procuraremos también en estas especulaciones. Veamos en el proceso histórico si la vida humana, manifiesta en las actividades sociales, ofrece datos que permitan descubrir la ley que venimos preconizando.

Dos puntos, sin embargo, conviene dejar perfectamente aclarados antes de proceder á este paseo histórico. El Providencialismo histórico y la Libertad de Albedrío del hombre.

La intervención de Dios, de la Causa Primera, en los destinos de la Historia, es á nuestro juicio tan axiomática, aparece tan clara y terminante, como precisa y necesaria, si hemos de colocar en elevado rango esta especulación científica. San Agustín y Bossuet pintaron de mano maestra la

intervención de Dios en los destinos de la Historia en forma de Providencia.

Es axiomática la necesidad de reconocer tal intervención. La Providencia es el astro de gravitación universal que atrae, con fuerza irresistible, todas las conciencias humanas. Dios, la Causa Absoluta, último más allá del último más allá de la inteligencia de todo ser finito, tiene sin embargo realidad en el espíritu del hombre, ignorante ó sabio, manifiesta en la necesidad del corazón en forma de sentimiento religioso, como fundamento de todo bien, y en la claridad que, como el primero de los axiomas, alumbra á la inteligencia en la conquista de la verdad. Dios, es el eje de la Ciencia humana, es el primero de los axiomas, ó el obligado postulado de todo humano discurso. El ateísmo no existe sino en la gramática, que conserva una palabra vacía de sentido en el orden del mundo mental; porque, si á tal extremo quisiera llevar el hombre, no ya su excepticismo (porque el excepticismo es la duda), sino su ignorancia en un momento dado de la vida histórica, en aquel preciso momento había la Historia terminado. Arrancando esa tendencia á lo Absoluto, fondo esencial de la razón humana, el hombre deja de serlo, es un primate perfeccionado por la selección natural.

Matad el sentimiento religioso en el alma del hombre, y llenaréis este vacío espiritual con la superstición más grosera. Suprimid esa idea luminosa del entendimiento, y el edificio de la Cien-

cia, falto de cimientos, se derrumba convencido de la flaqueza de sus muros. Destruid la Providencia de la conciencia de la humanidad, y habéis quitado para siempre interés á la vida humana; la Historia no será sinó conjunto variado de terror y de dolores, amargo recuerdo de la triste peregrinación del hombre en la tierra; el progreso una mera ilusión; cultivarla, entretenimiento de pueriles espíritus, incapaces de elevarse á complejas especulaciones. No, «la humanidad marcha y Dios la guía.» Esta luminosa frase de Bossuet, metafórica y genial, encierra en su contenido la solución de este asunto. La Historia cambia admitiendo la intervención providencial; la vida humana tiene por norte la esperanza, y no es una nota desarmonica del sublime concierto universal. El progreso es una realidad consoladora que convida á una vida de ideales cada vez más amplios y complejos; y aún en esos terribles choques que en el trascurso de los tiempos ha sufrido el espíritu humano, se descubre la grandeza de esta ley, porque sale más purificado; en las revoluciones, que son como la tempestad, porque fulguran el rayo que asola cuanto á su paso encuentra, pero purifican el aire necesario á la vida de los seres.

Sentamos, pues, el providencialismo en el edificio de la Historia como el más preciado de sus cimientos.

Ahora bien, el cumplimiento de la evolución histórica, traducida como veremos después, al actuarse en el individuo en ley moral, exige por

parte de la humanidad el libre albedrío de la conciencia humana.

Objeto de no pequeñas discusiones en el campo de la metafísica y particularmente por parte de los psicólogos, como cualidad que adorna la voluntad, ha sido la libertad de albedrío. Negada rotundamente por los deterministas, puesta por muchos en tela de juicio, exaltada más de lo conveniente por otros, quizá el haber traspasado tantos los justos límites, fué causa preferente de lo muy discutida que fuera esta bella cualidad que, cual rico florón, adorna la personalidad humana. Sí, la más bella, porque mientras el resto de los seres cumplen la ley universal de una manera inconsciente, por ella el hombre es capaz de regularla y darla cumplimiento en aquel adecuado grado que mantiene en la conciencia el equilibrio espiritual. La voluntad humana encuentra su finalidad en la realización del bien, porque busca y ama el bien absoluto. En toda acción humana no es posible descubrir otro estímulo sinó realizarle. El mal no existe como finalidad de las acciones. No se piense por esto que pretendemos negar sanción á los actos humanos; todo lo contrario. La intención que los determina y los efectos alcanzados son la clave en este sentido; y buena prueba de ello es que, si las intenciones son puras y conformes á la moralidad no se rompe el equilibrio de la conciencia, aunque los resultados alcanzados no respondan á los deseos que se propuso el sujeto. Mas, invirtiendo los términos, si la intención del sujeto fué

torcida, egoísta, incapaz de engañarse la conciencia á sí misma, roto su equilibrio, maltrecha su sintética unidad, tendrá que volver á unirse mediante el fuego del remordimiento.

Estriba, pues, la libertad de albedrío, no en tomar el mal ó el bien como finalidad de un acto, que esto es imposible, sinó en elegir entre los fines que se ofrecen á nuestra inteligencia y sugestionan nuestro corazón, en graduación subordinada, aquellos de caracteres más egoístas, ó aquellos otros marcammente altruístas.

Ahora bien, si juzgar á los hombres es difícil, si los móviles de las acciones significan un conjunto de fuerzas tan variadas, qué prudencia, qué medida debe guiar nuestro criterio cuando juzgamos á los que solo viven en las páginas de la Historia.

Proclamada la libertad de albedrío, hacemos de la Historia una especulación más elevada, una disciplina científica adornada de la función altísima de valorar las acciones de hombres pasados. Juez eterno, imparcial y severo, ved la Historia ostentando el blanco manto de nevado armiño, sosteniendo la balanza de la eterna justicia, dispuesta siempre á transigir con las imperfecciones humanas; pero, lanzando el fallo de eterno oprobio contra los tiranos, en sus distintas formas, que trataron de oponer los poderes que un día les entregó la fortuna á la poderosa corriente del progreso, á la marcha ascendente de la vida humana, á esa corriente de los siglos de la que dijo el filósofo de

Vich «el que á ella se oponga por ella morirá aplastado».

Reconocidos Providencialismo y Libertad, primeros sillares en la arquitectura de la Historia, discurramos por el mundo de los hechos, y veremos si su alma se ajusta á la luz de la evolución; y al quedar el hombre estereotipada en la Historia su psíquica naturaleza, va cumpliéndolo de una manera cada vez más elevada, entregando cada generación cuantas conquistas realiza en lucha continuada y dura con el medio cósmico, y fija la mirada en el ideal, al ser superior que en el tiempo continuará la vida, es decir, á las futuras generaciones.

Prescindiendo de las manifestaciones de la vida humana en la prehistoria, en las cuales cabe lógicamente presumir comenzaron á dibujarse las primeras actividades sociales, si bien en grado muy rudimentario, los restos geológicos conservando el recuerdo del hombre de aquellas edades, ponen de relieve que las actividades más enlazadas con la conservación de la vida orgánica fueron los que determinadamente solicitaron aquellos espíritus en aquel estado de lucha continuada con el medio cósmico. Las tribus primitivas son con efecto cazadoras ó pescadoras; solicitadas por el instinto de conservación desenvuelven principalmente la actividad económica. Sin embargo, los mismos restos aludidos ponen de manifiesto que no son ajenos á las manifestaciones artísticas; algunos hacen presumir, por inducciones nada desacertadas, que los

primeros destellos del sentimiento religioso empezaron á cincelarse en aquellas infantiles conciencias.

Aparece la vida histórica en dos pueblos dignos de significado estudio: Egipto, que perpetúa durante siglos su singular civilización, y la India que presenta un marcado carácter de aislamiento; poco después, el gran Imperio caldeo-asirio extiende por toda el Asia anterior su dominación, y prepara el terreno para que cumpla su misión histórica el pueblo de Ciro y de Cambises. En estos pueblos las actividades sociales no se pierden, al contrario, sufren nuevas adaptaciones que vienen á determinarse en otros tantos progresos. Pero es de notar que el orden de valores sociales en todos ellos está sometido y va regulado por la actividad religiosa, el más poderoso de los móviles en los comienzos de la vida histórica, y se perfecciona y desenvuelve armónicamente con la inteligencia. En los pueblos que nos ocupan no pasó de ser la encarnación de las fuerzas aún no vencidas de la naturaleza. La fuerza, el valor y el poder, sentidos é interpretados por la fantasía infantil de aquellas generaciones en íntima conexión con el medio físico donde estos pueblos se desarrollan, es el tono común que matiza la vida en los Imperios del Antiguo Oriente.

Misteriosa, lenta y rectilínea como el valle del anciano Nilo, la religión egipcia se manifiesta en las concepciones de Osiris y Ra, salidas de las misteriosas escuelas de Heliópolis y Abbidos: Am-

món es el Dios máspreciado; es la muerte y la vida, es el Nilo fertilizador del suelo egipcio, es el hombre en plena fase de subordinación á la naturaleza.

Aún más exagerada aparece en la India esta tendencia, porque también allí se presenta y ofrece más espléndido el medio cósmico: Indra es el dios del trueno, del rayo, de la tempestad y de la noche. En Caldea y Babilonia, Maroduk y Assur ofrecen el mismo carácter.

El orden de valores sociales celestes regula los terrestres: así, es elegido jefe de la tribu primero el más fuerte; pero bien pronto la sugestión del valor, patentizado en la consideración que tienen en estos pueblos las castas guerreras, solicita la admiración de los hombres, y conjuntamente con la fuerza súmanse en el poder como supremo atributo de la divinidad y de los reyes. El Assur caldeo y el Faraón egipcio son la encarnación viva de las divinidades; mandan numerosas huestes de guerreros elegidos de entre los más fuertes y valerosos.

Aún dentro de los pueblos orientales, á medida que nuevos desarrollos individuales impulsan la conciencia logrando mayor reflejo y brillo, comienza á dibujarse un proceso de diversificación social que llevará de la fase de la fuerza á la de la inteligencia, apreciada en la astucia como primera de sus manifestaciones y manifiesta en la sabiduría como su expresión más determinada y cumplida.

Vemos en Egipto con la aparición del segundo

Imperio aparecer la doctrina de la sanción, formando parte de la concepción religiosa; que nadie dudará es un marcado progreso con relación á la fase anterior. En la India, Bramma, encarnación soberana de las fuerzas del todo cósmico, suplanta á Indra; y la revolución operada en las conciencias por Bhuda, con la pureza de su doctrina y la inmovilidad de su nirvana, son progresos visibles por demás. Guardan paralelismo con las nuevas concepciones el orden de valores sociales: No es el guerrero quien aparece colocado en las castas superiores, sino el sacerdote, el depositario de los secretos religiosos y de la Ciencia que de la mano van unidas en estas primeras diversificaciones. Así en la India Agni suplanta á Indra, soberano de la fuerza, al par que los brahamanes constituyen la casta superior. En Egipto, á partir de la XX dinastía Thot y Chonsu, soberanos de la inteligencia y dispensadores de la inspiración, son universalmente adorados sustituyendo el culto de Ammón. En Caldeo-Asiria este progreso se opera en forma análoga: el guerrero Maroduk ve, sino desiertos sus altares por el carácter esencialmente militar de este pueblo, sí disputado su culto por el inteligente Nabú, y á la clase sacerdotal erigirse en superior y directora.

El desenvolvimiento de la personalidad humana no pasa de la concepción gregaria. El hombre, como sujeto de derecho, es completamente desconocido en las sociedades orientales. Sólo el soberano, por ser encarnación de la divinidad, es invio-

lable. La clase sacerdotal aparece rodeada de prestigios por su carácter de intermediaria con los dioses.

Ofrece el pueblo Persa análogo proceso de su desarrollo; mas basta á nuestro propósito señalarle en las civilizaciones, por así decirlo, típicas de los pueblos en quienes los hemos considerado.

Para encontrar los primeros destellos de libertad, para encontrar el entronizamiento de la inteligencia como primero de los valores sociales celestes y terrestres, es preciso acudir á ese pequeño pueblo extendido en el Mediterráneo cual bellísima hoja de acanto, y estudiar en líneas generales su desenvolvimiento, su civilización y su cultura que vivas quedarán eternamente en la memoria de los hombres.

Grecia, recogiendo los elementos todos de las civilizaciones pasadas, produce una civilización peculiarísima, por mucho tiempo considerada autóctona. Mas no; amasadas fueron sus instituciones con la herencia de las sociedades orientales recibidas; pero, modificadas por las nuevas facetas que brillan en la conciencia griega en un medio cósmico adecuado, parece que invita á despertar el ideal armónico. Así, los griegos pelásgicos en nada difieren de los orientales; Zeus, es como Assur y como Indra.

Para los griegos homéricos, el valor y el poder rigen también el orden de valores sociales: Aquiles y Agamenón son las grandes figuras de los tiempos heroicos,

Pero en qué pocos siglos realiza el espíritu griego enormes progresos, Antropomorfismo, desenvolvimiento de la Ciudad, Filosofía; y esto sin contar sus soberanas manifestaciones artísticas, cumplida realidad del ideal estético.

Manifiesta Zeus pater su voluntad á los mortales por el blando movimiento de las ramas de una encina (oráculo de Dodona); pero bien pronto el prudente y astuto Hermes ve favorecidos sus altares, para alcanzar después la sabiduría, su más cumplida manifestación en la deidad y culto de Apolo, concepción sintética de la divinidad, representada por hermoso mancebo, síntesis de la moderación y de la armonía, revelador del ideal supremo, que ordena el conocimiento de sí mismo como la más alta de las verdades para guardar la soberanía de la razón sobre las pasiones, pregonando aquellos goces de la existencia compatibles con la armonía espiritual. Religión tan humana había forzosamente de reflejar este carácter en todas las instituciones.

Así, á la sombra de la religión, bajo los auspicios de los dioses tutelares, nace la ciudad y con ella van á surgir los primeros destellos de libertad, y tomar presuroso desarrollo las actividades jurídica y política. Porque los Imperios Orientales no pasaron de la organización tribal. Conglomerado de tribus diversas que lograron imponerse unas á otras, se desmoronan cuando desaparece el caudillo que supo uncirlas en el carro triunfal de su poder. Todos sus vínculos están como forjados

por los misteriosos dioses, encarnación de la fuerza que adoran; único lazo que les une, el parentesco. Tienen régimen de castas como en la India, pero carecen de todo espíritu de diversificación social. Lo político y lo jurídico se dejan entrever en el simplicísimo progreso que supone el más despótico absolutismo.

Es Grecia la que da ese poderoso paso, desarrollando en la ciudad los lazos de vecindad. Los ciudadanos reconocen en los demás semejantes suyos. Cada uno formula el concepto yo como opuesto al concepto otro; mas idénticos en el común denominador de ciudadanos, buscan en la ley la reguladora de las relaciones sociales. Licurgo y Solon crean leyes desenvueltas al amparo de la igualdad, dentro de cada grupo. Pero, de cuantas grandezas produce el pueblo griego, traducidas en otros tantos pasos encaminados á facilitar á las generaciones que le sucedieran el más ámplio cumplimiento de sus destinos, ninguna supera al movimiento filosófico.

El espíritu griego discierne de una manera clara la esfera inmanente de la transcendente. El instinto de curiosidad, primer estímulo del hombre, se traduce por un hábito consciente en primera manifestación científica, que recorre su primera fase en el filósofo que trata de elevarse mediante el ejercicio de su razón á la contemplación de la armonía universal. Ya no es el sacerdote sabio y misterioso del Oriente quien dará explicación de los fenómenos del universo por concepciones dog-

máticas simbolizadas en sus dioses. Es la Filosofía el conocimiento de las cosas en virtud del ejercicio de nuestras facultades intelectuales, movimiento que aparece sintetizado en el ideal Socrático, Platónico y Aristotélico, colocando los primeros sillares en el edificio de la ciencia humana.

Fundir el espíritu de Oriente con el de Occidente, al objeto de hacerle susceptible de nuevas adaptaciones, fué la obra del más poderoso genio militar de la edad Antigua, Alejandro. El acabó de dar forma á los últimos progresos de la cultura desenvuelta en Oriente y Occidente, fundiéndola en admirable maridaje. Supo servir los destinos del progreso; por eso es un genio; de otra suerte no hubiera traspasado los límites de un conquistador vulgar: que los genios aparecen tales en cuanto sirven al progreso.

Recoge Roma la herencia de los pueblos que le han precedido en el camino de la vida, singularmente la del pueblo griego; y desenvuelve la actividad política y jurídica en forma tan varia y compleja, que la humilde aldeita de las siete colinas impone su derecho á todos los pueblos de la tierra. Y ni las riquezas de Cartago, ni los talentos de Aníbal fueron bastantes á detenerla en su camino; porque sus legiones, intérpretes en los campos de Zama del espíritu del humano progreso, necesitan destruir obstáculos que les dejen expedito camino, y Cartago, cumplida su obra de difusión de cultura, había terminado su misión histórica.

El águila romana, libre de obstáculos, extiende

sus amplias alas por todos los pueblos de la tierra con el advenimiento del Imperio. Como si el arma poderosa desplegada por los hijos de la ciudad eterna hubiera sido la fuerza de su derecho, este derecho es universalmente aceptado; y con el tiempo, los súbditos de las provincias alcanzan la consideración de ciudadanos del pueblo rey. El Derecho es la nota peculiar de los hijos del Lacio, y la religión y el arte no son sino poderes puestos á su servicio. Pero muy pronto, pasados los deslumbrantes brillos del Imperio en tiempo de Augusto, las conciencias sienten la decadencia del ideal. Roma, conquistadora primero y gobernadora después, ve palidecer su estrella; y, cual si precisara del fragor de las batallas para derramar su luz, se extingue tan pronto como las puertas del templo de Jano aparecen cerradas en señal de paz. Roma, á fuerza de discreta y sutil política, no impide á sus súbditos la adoración de los dioses todos, y las de los pueblos conquistados tienen sitial en el Panteón romano. Mas, á fuerza de ser requeridas y ensalzadas tan exóticas divinidades, acaban por desacreditarse y no prestar la corriente necesaria al cauce de la fe. La conciencia romana, ya muy compleja, no tolera unos dioses que se le ofrecen como fruto de la fantasía. Los doctos se hacen escépticos y procuran buscar el obscurecimiento de la conciencia, la falta de ideal, ahogándola en goces materiales; y las clases indoctas, el pueblo, incurren en la superstición más completa, explotada por agoreros de todos los países por

Roma conquistados. El orden de valores sociales obedece también entre los romanos á la misma ley que en Oriente y Grecia. Servir á la Ciudad en las lides de la guerra, ó en el gobierno de los pueblos, es el ideal perfecto del patricio.

Fué el cristianismo la venturosa nueva, el resplandeciente ideal. El día que Pedro y Pablo penetraron en la Ciudad Eterna á difundir entre los quirites la sublime doctrina de Jesús, terminó la misión histórica del pueblo romano, y su complicado organismo quedó herido de muerte. Los pueblos germanos completaron la obra. Alarico, clavando su espada en la puerta del Capitolio, pudo pensar que destruía una vida, pero no hizo sino enterrar un cadáver aún de cuerpo presente.

Cuando las humanas conciencias, faltas de ideal, se ven frente á frente con doctrinas jamás soñadas, por un fenómeno de sugestión social que se observa indefectiblemente en la Historia, acéptanla, sin discutirla siquiera, como fuente purísima que sirve para llenar cumplidamente las aspiraciones del corazón. Mirad el alma griega pendiente de los labios de Pablo en el Areópago; ved los hijos de la Ciudad Eterna seguir embelesados á los apóstoles del nuevo ideal. Tampoco las clases distinguidas permanecen indiferentes á la buena nueva. Las almas más esforzadas, proclamando la firme roca de la voluntad como único refugio de la felicidad, hallaron en el ideal estóico una tabla salvadora en medio del general naufragio. Pero ideal sin fundamento, difícilmente puede al espíri-

tu más educado mantener en perpétua contradicción. Fué el cristianismo la solución del ideal estóico, y lo más noble y puro de la sociedad romana se agrupa en torno de la cruz. ¿Qué de extraño por tanto que en condiciones como las indicadas la nueva doctrina se propague con rapidez?

La sangre de los mártires fué más fructífera que los esfuerzos de los emperadores vencidos definitivamente en Juliano y subyugados en Constantino. El Cristianismo y los pueblos germanos van á ser los factores con que ha de producirse el nuevo ideal en los tiempos medioevales.

Con la caída del Imperio termina el ciclo histórico pagano; á su final el desenvolvimiento de la conciencia raya á gran altura; pero, todavía llagas muy profundas minaban la existencia de aquella sociedad. Así, la consideración personal radica, no en la naturaleza intrínseca de la individualidad humana, sino en la cualidad de ciudadanos de Roma. Por eso subsiste la esclavitud, modificada ciertamente en el transcurso del Imperio, mas no á merced de la cultura desenvuelta por el mundo pagano, sinó al compás del terreno que iba ganando en las conciencias la doctrina del Redentor.

Roma desaparece del escenario de la vida; pero los elementos de cultura que produjera son recogidos por el Cristianismo y transformados conforme al peculiar carácter de los pueblos del Norte, que viene á establecerse en las provincias del caído imperio.

Encerraba la nueva doctrina fecundísimos gérmenes susceptibles de determinar al compás del desarrollo de los pueblos grandes progresos en la vida humana. Predica la igualdad, libertad y fraternidad de todos los hombres, hechos á imagen y semejanza de Dios por un acto de amor infinito y herederos de la eterna morada donde las injusticias de la vida terrena, fruto podrido de la imperfección de los hombres, obtendrán reparación cumplida y satisfacción completa. La concepción de la vida futura, como rectora de la vida presente, toma durante toda la evolución medioeval tal arraigo en las conciencias, que á ella hemos de recurrir como clave obligada si explicar queremos su carácter. La Iglesia es la encargada de llevar al espíritu germano las aguas de la fuente cristiana; su misión es educadora.

Constituyen los pueblos germanos monarquías, pero no independientes, sinó subordinadas en jerarquía. Las necesidades de los tiempos crean en lo social el feudalismo; y en lo político erigen en supremas jerarquías, mutuamente condicionadas, el Pontificado y el Imperio, ante cuyas supremas potestades ríndense tronos y humíllanse pueblos.

Fruto sazonado de la nueva era fué el ascetismo, superior al estoicismo por tener base y motivación perfectamente lógica en la doctrina de Jesús. El asceta es superior al estóico; no sólo no permanece indiferente al dolor, lo desea y lo goza, esperando la eterna dicha por las torturas de esta

corta vida. A su impulso, se desarrollan las órdenes monásticas. Hombres dotados de sentimiento social profundo erigen el amor al prójimo como primera de las virtudes, y proclaman la caridad como la más bella mensajera celeste.

Fruto sabroso del sentimiento altruísta, encarnado en el gran S. Francisco, fué la orden por él fundada, y en la cual retrató la poderosa magnitud de su alma, de aquel gran espíritu que supo sentir como nadie en la naturaleza las armonías del Ser supremo.

A impulso del sentimiento religioso se desarrollaron las Cruzadas, y en virtud de su influencia en las costumbres, arraigaron en las conciencias los sentimientos caballerescos.

Si el esclavo es también hijo de Dios y heredero del Cielo, no puede ser considerado como una mera cosa: la esclavitud se transforma en servidumbre.

Pero ni el ascetismo, por la enorme tensión á que coloca el espíritu humano, podía mantenerse largo tiempo, ni el sentimiento religioso exaltado, en conciencias rudas, puede dejar de producir los amargos frutos del fanatismo. Ved que bien pronto decaen las órdenes monásticas, y ved las condiciones en que se efectuó la primera de las Cruzadas.

Irradia el pontificado inusitados resplandores con el monge Hildebrando, para decaer con Bonifacio VIII; y, como si el Imperio con el Papado se condicionasen, decaen ambas instituciones para

preparar el camino á nuevos progresos en los cuales van á cumplirse nuevos destinos.

El desarrollo y crecimiento de las ciudades aumenta en asociaciones gremiales y menestrales el comercio de las ideas y el bienestar económico, al que sigue como forzosa consecuencia un mayor sentimiento de la dignidad. Al propio tiempo, los reyes de las diversas monarquías, rotos los lazos que les unieron en subordinada jerarquía al Pontificado y al Imperio, procuran apoyarse en el estado llano para afianzar su autoridad. El comercio, desenvuelto mediante anseas ó ligas en los postremos tiempos de la edad media, logra tener horizontes jamás soñados en los descubrimientos geográficos. Los inventos y descubrimientos científicos hacen saltar los moldes de la vieja Escolástica, y avivan el espíritu con el espoleo de la duda. Finalmente, el Renacimiento literario y artístico derraman en terreno también preparado tan enorme suma de cultura, que la vida humana, concebida hasta entonces como preparación de la futura, comienza á destacarse como realidad positiva incompatible con el pasado ideal. La consecuencia y resultante de tan variadas fuerzas concurrentes en la percusión del pasado determinaron en la conciencia de los hombres un paso de tal magnitud, que acabó por romperlo en términos tales, que, mientras en la capital del Cristianismo aparece restaurada por entero la vida pagana, el frío é individualista espíritu del Norte erige por boca de Lutero el criterio individual en fundamento de la fé.

En el orden político, el resultado de todo este proceso es el tremendo paso que dan los hombres desde la organización feudal, restos de la Ciudad, á la organización nacional, que comienza á dibujarse con vigorosas líneas al terminar los tiempos medios, y aparece enteramente concluída antes de comenzar la Contemporánea, sin más excepción que la desgraciada Polonia, quien, por no haber sabido realizar este proceso de la variedad feudal á la unidad monárquica, entonces ideal de las naciones, vió rota su independencia, y tiempos después destruída su personalidad nacional sin que bastasen á salvarle, ni la sangre derramada por el heróico Kosciusco sobre los campos de batalla, ni las lágrimas vertidas en la sesión del silencio, ante la presión de Suworof por los representantes polacos. ¡Qué ejemplo más hermoso del castigo tremendo que sufren las naciones cuando desdeñan los progresos de la conciencia universal!

Rotos los lazos de la pasada organización, las naciones, constituidas como individuos colectivos, vienen á sintetizarse en la personalidad del Rey, cuya autoridad, proviniente del mismo Dios, es tan absoluta que no le va en zaga á la que disfrutaron los antiguos soberanos orientales.

Como si fuera el último choque entre los pasados y futuros ideales, sufre la humanidad tremenda crisis de lucha religiosa en el primer período de la Edad Moderna. Las luchas religiosas aparecen en todas partes; tienen su más cumplida expresión en la enemiga de Isabel de Inglaterra y

Felipe de España, y su más sangriento desenlace en la guerra de los 30 años, á la que pone término en 1648 la paz de Westffalia.

Por empeñarse en conservar á todo trance lo que ya era incompatible con el progreso de los tiempos, fracasaron monarcas tan distinguidos como el caballeresco y activo Carlos V y el circunspecto y laborioso Felipe II.

A la lucha religiosa sucede la lucha política, que también extiende sus tonos sangrientos por todos los pueblos de Europa, y llenaría de tristeza el espíritu del historiador, si no entreviera en tan tremendo choque la levadura con que se amasaba el sentimiento patriótico y nacional.

Cuarenta años después de terminada la lucha religiosa, Inglaterra, la patria de la libertad, de una manera espontánea, sin intervención de la conciencia reflexiva, lleva á feliz término la segunda de sus revoluciones. Guillermo y María ciñen la corona del Reino Unido, primero con carácter de soberanos constitucionales, y bien pronto entran en plena fase parlamentaria.

La conciencia reflexiva se apodera de aquel movimiento que hace saltar los cimientos del viejo estado, estableciendo sobre las testas coronadas la soberanía de la ley; sobre los monopolios y el privilegio, la libertad de competencia y el reconocimiento del individuo como sujeto de derecho. Locke y los deístas ingleses con su filosofía social; más tarde Montesquieu, fijando la poderosa luz de su genio en su tratado «El espíritu de las Leyes»;

los economistas, con Rousseau á la cabeza, y los enciclopedistas con Voltaire, difunden el espíritu de la nueva organización por todos los pueblos; y á su mágico conjuro, hasta los reyes, arrastrados por las nuevas ideas, inician esa serie de reformas en bien del pueblo que determina la era del despotismo ilustrado, sin pensar que destruían los cimientos en que se sustentaba su poder absoluto y divino.

El ejemplo vivo del nuevo estado de Inglaterra forzosamente había de ser imitado por todas las sociedades, tan pronto como fuese solicitada la conciencia de los doctos y encarnase mediante la difusión de las nuevas doctrinas en el alma del pueblo. Cupo al desventurado Luis XVI pagar las culpas de su padre. En los choques de la humanidad, como sucede en los de la mecánica, los puntos más delicados sufren el resultado funesto de la percusión. En Francia, patria de los nuevos apóstoles, encontraron más resistencia las nuevas ideas; y el espíritu humano, encarnado con precisión admirable en la figura del ilustre tribuno de la Asamblea Constituyente, muerto Mirabeau, no encontró un nuevo cerebro capaz de interpretarle. Falto de expresión en la pluma de los escritores, y desierta la tribuna, busca refugio en la mochila del soldado, brilla como un relámpago en la victoriosa espada del caudillo.

Sí, la revolución francesa de 1789, fruto tardío del Cristianismo, encierra un principio soberano, de cuyo jugo vive todo el período contemporáneo,

en una de cuyas fases nos hallamos. Concebida la vida futura como rectora de la vida presente, durante toda la edad media, forzosamente, al desenvolver las conciencias á la luz de los nuevos ideales, aspiran á realizar el ideal armónico de la vida más amplia y mejor en el planeta que habitamos. Por eso, en medio de las matanzas del Terror, á pesar de todos los extravíos que la revolución, fiera ya desatada, torrente destructor salido del cauce, cometiera, vuelve á su lecho no sin dejar encendido con fuego vivísimo la poderosa estrella de Bonaparte, que fulgura mágicos resplandores mientras propaga los santos principios del nuevo ideal sirviendo los humanos destinos, y comienza á perder su fúlgido brillo cuando arraigados quedan en las conciencias colectivas, apagándose definitivamente en Waterloo el caudillo invicto de Arcole, Gena y Austerlitz.

La revolución Francesa, que recorre su última fase encarnándose en Napoleón, elevó á sujeto de derecho la personalidad humana. Los reyes descienden de la inaccesible cima de la soberanía absoluta y pasan á ser el primero de los iguales. Sus tendencias, más expansivas; su carácter, más reflexivo y filosófico, determinaron una resonancia en todos los pueblos que no pudo tener la segunda revolución inglesa. Así, durante todo el primer período de la presente edad, las revoluciones estallan por doquier. A la luz de las nuevas ideas, los principios democráticos triunfan en todas partes. Al poderoso empuje de la libertad, la

unidad italiana, previamente realizada en la inteligencia de Cavour, ve proclamada tan difícil empresa en la persona de Victor Manuel, mientras, á los impulsos del Zoollverein, la conciencia alemana crea su poderosa nacionalidad guiada por la voluntad indomable del Canciller de Hierro, del Gran Bismark.

Implantada la democracia en las naciones, compórtanse éstas como individuos colectivos autónomos. Las corrientes de simpatía crecen de modo cada vez más intenso, la guerra se humaniza, y se considera como mal necesario, al que tan sólo debe apelarse cuando hayan sido agotados todos los recursos diplomáticos. La concepción completa del individuo autónomo, sobre la que se asentara la nueva organización social, refléjase en las orientaciones de los estados mundiales, en el período actual que bien pudiéramos llamar colonizador. Asegurarse mercados en las colonias es el prurito de las naciones en los últimos tiempos y la causa casi general de las crisis guerreras: recuérdese nuestra lucha de 1898 con los Estados Unidos, las guerras sostenidas por Inglaterra en sus colonias africanas, y el reciente choque entre Rusia y el Imperio del Sol Naciente.

Servir las generaciones que sucumben á las generaciones que han de sucederles en el camino de la vida, desarrollar de una manera cada vez más compleja las poderosas energías del espíritu humano, vivir una vida cada vez más amplia y

mejor: he aquí la consecuencia que nos ofrece este escarceo por el bello campo de la historia.

Pero se dirá: ¿entonces cómo el dolor subsiste en el mundo? La compleja civilización actual, ¿cómo ofrece esas tremendas crisis de carácter económico, y la felicidad sigue siendo el vellocino de oro por quien suspira la humanidad sin ver logradas nunca sus aspiraciones? Busca el hombre la felicidad fuera de sí, cuando por radicar aquella bella diosa en lo más íntimo de la conciencia está como disuelta en el deseo. Verdad es que la concepción exclusivamente individualista, que constituye el eje en cuyo torno giraron las revoluciones, si estimuló profundamente la iniciativa individual merced á la cual gozamos del magnífico desarrollo material presente, produjo á su vez esa terrible competencia que dió por resultado formular como ley social la brutal lucha por la vida. Sin embargo, esta concepción egoísta, que sólo estima y valora en la vida colectiva uno de sus aspectos, haciéndola imposible por desarmónica, trae como justa compensación una poderosa corriente social, manifiesta en el mundo económico en la solidaridad obrera mundial, y en el mundo de la inteligencia por el desarrollo de la simpatía y el altruismo como condiciones precisas de la vida colectiva. A impulsos de esta corriente de carácter marcadamente social, que no excluye la concepción individualista, si bien la encierra dentro de sus justos límites, y además la subordina, laboramos los hombres de hoy por perfeccionar las actividades

sociales. Un reparto más justo de la riqueza aletea como futuro ideal en la lucha tenaz hoy empeñada entre capital y trabajo. La monogamia, basada en el amor y la simpatía, es el ideal familiar; y mientras la moral, tomando un carácter positivo, trata de imponer sus normas mediante una educación adecuada que convierta en sanciones internas toda externa coacción; el sentimiento religioso, libre ya de la venda del fanatismo, erige la conciencia individual como el más grandioso santuario donde ofrecer al Ser Supremo los tributos de adoración. La Ciencia y el Arte, fieles al movimiento general, aspiran respectivamente á elevarse á grados superiores de complejidad, á síntesis más extensas y comprensivas traducidas en portentosos inventos y á expresar fielmente el sentimiento social mediante los sublimes encantos de la belleza.

Y no se crea que laborar por el ideal, que como concepción más amplia de la vida será la herencia que dejemos á los que nos sucedan, es privilegio exclusivo de los estudiosos. Ciertamente que de una manera consciente sólo los espíritus progresivos saben comportarse á las sollicitaciones del ideal; pero el docto como el ignorante, sin saberlo ó sin quererlo, trabajan por algo exterior á sí mismos y que no han de gozar. Desde el padre cariñoso, que desatiende su propio cuidado por el bienestar familiar, hasta el avaro que con tenacidad inexplicable por lo absurda, desconociendo la justa apreciación del dinero, acumula tesoros; desde el filósofo que busca la unidad de la ley á través

de lo variado y múltiple de los fenómenos del mundo, hasta el humilde campesino que con trabajo y privaciones procura mejorar las condiciones de un cultivo; desde el químico que, incansable en sus trabajos, descubre combinaciones jamás apreciadas, hasta el fisiólogo que, encastillado en su microscopio y eternamente vigilante, sorprende á la naturaleza atisbando los latidos de la vida en estados antes jamás soñados; todos, todos trabajan por el ideal; todos le sirven cual si fuese el imán poderoso atractor de las energías espirituales de la humanidad.

Ampliar y glorificar la vida, elevando las facultades todas del espíritu humano á un grado superior, es la misión de las generaciones humanas en su decurso por la vida. Servir á las futuras generaciones, en virtud de la herencia que recibimos y con dirección á las atracciones del ideal, es la misión de la generación presente. Ahora bien, ¿qué significan estas ideas sino el desenvolvimiento más y más completo de la humana naturaleza del hombre sujeto de la Historia? ¿Qué hace el hombre presente sino servir los destinos del hombre futuro? La consecuencia aparece tan clara como terminante: la vida humana se desarrolla con arreglo á los mismos procesos y leyes de la vida en general. La Historia, para explicarse de una manera racional y científica, tiene que buscar su ley de unidad en el principio de la evolución; porque la vida humana, en todo su ascendente y variado conjunto, no

es más que un caso particular de la evolución universal.

Pero, parécenos escuchar el rumor de algún espíritu timorato y medroso pensando y diciendo: ¿Entonces, á qué se reduce la libertad de albedrío? Si la evolución histórica se cumple, merced á mayor ampliación y glorificación de la vida, ¿cómo hacer compatible con ella el sacrificio manifiesto en la obligación y el heroísmo como sus más sublimes virtudes? Lejos de excluir el concepto integral de la vida aquella cualidad, y estas virtudes, préstales sólido fundamento. Decíamos en los comienzos de este capítulo que la nota peculiar de la vida, el movimiento, obedecía siempre á la naturaleza del ser en quien se operaba. Los movimientos del ser racional, mediante los cuales realiza el concepto de su naturaleza, tienden á desenvolver la plenitud orgánica y asegurar la perpetración de la especie, para desarrollar armónicamente los mágicos resortes del espíritu: sentimiento, inteligencia y voluntad. Es la voluntad el impulso en cuya virtud traducimos en hechos nuestros deseos. Demostrado quedó, en anteriores páginas, que en todo acto voluntario y humano pretendemos la realización del bien; porque el mal, apreciado como mal por la voluntad, es por ella siempre rechazado; porque el mal, concebido durante siglos como principio opuesto al bien, es, la falta de actividad, es la nada, es un no ser, es la ausencia de realidad; mejor aún, tiene una existencia puramente subjetiva, apreciada por nuestra conciencia imperfecta y fini-

ta, incapaz de apreciar cómo todo acto, por malo que sea, se totaliza en el concierto universal para realizar actividad, es decir, para cumplir el bien.

La realización del bien, la subordinación completa de la compleja naturaleza humana á la unidad sintética de la conciencia, no es otra cosa que el cumplimiento de la ley moral, y por lo tanto, la Evolución Universal, en la que aparece incluido como caso particular la ley del progreso, deriva por la naturaleza peculiar del hombre en ley moral como regla universal de su naturaleza específica.

Dar cumplimiento á esta ley es vivir la sociedad, y el individuo una vida más amplia y glorificada.

Encierra este concepto un aspecto integral y subordinado. Ampliar y glorificar la vida, es amar el placer, en la medida que da la salud, para cumplir los fines orgánicos de perpetuación de la especie y mantener el equilibrio funcional en condiciones de servir del modo más cumplido á la vida espiritual, manteniendo la unidad sintética de la conciencia por cima de todas las sugerencias pasionales y simpáticas. La abnegación, el sacrificio y el heroísmo, que se ofrecen como las cumbres de la espiritualidad, anulando hasta el instinto de la propia conservación, obtienen el primero de los valores sociales en esta concepción positiva, por suponer en el martir ó el héroe el mayor grado de perfección á que puede llegar el hombre en el cumplimiento de la ley moral, despojado de toda tendencia egoísta, para servir el ideal ofrecido á estas

almas privilegiadas con tales resplandores, que, á su fuego, se queman y destruyen todas las tendencias instintivas de nuestra naturaleza orgánica.

El valor y amplitud del concepto positivo de la vida estriba en recoger los aspectos parciales reflejados en la vida histórica.

En la finalidad guerrera y religiosa aseguraron los pueblos orientales las conquistas del espíritu humano y la conservación de la especie. En la exaltación de la belleza, realizó el pueblo griego el ideal estético. Roma, por el derecho, realizó, en relación con el desarrollo de su época, el ideal de la justicia. La Edad Media, religiosa y educadora, elevó la simpatía y el amor, pregonándoles con exaltación soberana. La Edad Moderna comprensiva amplia y utilitaria, produce nuevos tipos de agrupación en las naciones y preconiza el ideal científico y el perfeccionamiento y felicidad individual, acabando con el privilegio en la Revolución Francesa. En los tiempos contemporáneos la concepción del individuo autónomo, fruto de la evolución medioeval y moderna, alcanza su más amplio desenvolvimiento y exalta el desarrollo material estimulando la iniciativa; pero, pierde de vista el aspecto social del ser humano y confina la flor del ideal entre las cortas mallas de la utilidad. Una corriente de sentimiento social profundo viene muy pronto á recomendar el altruísmo como primera de las virtudes en la vida colectiva, y á su paso se recogen y merman las exageraciones individualistas; y como re-

sultado de ambas fuerzas, nace el ideal positivo é integral de la vida humana de que nos ocupamos. En él aparecen contenidos en subordinación adecuada todos los aspectos parciales reflejados en la evolución histórica, el placer y la utilidad, la belleza, la verdad y el heroísmo manifiesto en la abnegación y el sacrificio como supremas virtudes del altruismo.

La ley moral es, pues, la regla á que se subordina la vida del individuo. El progreso, el modo peculiar de actuarse la Evolución Universal en la vida de las sociedades.

Ampliar y glorificar la vida individual es desenvolver cumplidamente la humana naturaleza. Ampliar y glorificar la vida social presente, para servir los destinos de la vida futura, es cumplir la ley universal que rige ordenadamente el variado conjunto de los seres.

Para lograr este cumplimiento de una manera consciente, es preciso elevarnos á la corriente general evolucionaria, y percibir desde tan elevada cumbre el paso que la humanidad trae de atrás; que las solicitudes del nuevo ideal dibujadas aparecen en las aspiraciones que la sociedad presente aspira á convertir en realidad sobre la tierra.

Resucitar los hechos, clasificarlos, descubrir á través de los mismos la vida, inducir sus leyes para elevarse al principio que les da unidad, es decir, á la ley de la evolución, es la tarea de la Historia. Elevarse á la corriente general evolucionaria para percibir los lineamientos del ideal futuro y servir

á la vida colectiva de una manera consciente, es la finalidad de la Historia.

Como resumen de este análisis un poco prolijo podemos definirla como «la ciencia que resuscita fielmente y clasifica los hechos pasados, para descubrir las leyes de la vida humana, desarrollada en el espacio y en el tiempo, con objeto de elevarse á la visión sintética del conjunto, y con el fin de cumplir la ley del progreso, caso concreto de la Evolución Universal, de modo cada vez más consciente».

Ahora se comprenderá, sin necesidad de análisis, que los hechos puramente individuales carecen de valor como materiales de la Historia.

Cumplir la ley del progreso, impuesta á la conciencia individual como ley moral, es la finalidad de la Historia.

Valorarla, es entrar de lleno en el aspecto práctico que la Historia ofrece, en su valor social, como educadora; pero este extremo nos lleva á discurrir por el último capítulo de nuestro trabajo.

Valoración educadora de la Historia.

Halla la razón humana en el descubrimiento de la verdad, la realización de la inteligencia como facultad total del conocer. Al choque repetido del entendimiento con las cosas, salta la chispa del saber y desarróllase lozano el árbol de la Ciencia en sus múltiples y variadas ramas; mas es lo cierto que, en todas ellas, descubrimos un aspecto práctico y de utilidad adecuado á su naturaleza peculiar y propia. Verdad es que nada supera al inefable gozo del estudio, al aspecto puramente especulativo del conocer; pero dada la naturaleza humana, progresiva y perfectible, la ciencia sería una contradicción si no se utilizase precisamente en el mejoramiento y ampliación de la vida humana.

Aquello de ciencias especulativas y ciencias prácticas es una sutileza dialéctica mandada reti-

rar. Pasa algo parecido á la brusca separación pretendida por muchos entre las ideas y los hechos. Toda ciencia es á la par especulativa y práctica, porque en ella siempre se dá un contenido de verdades utilizables á una finalidad. Toda ciencia se compone de ideas y hechos. Las ideas aisladas son puras fantasías sin realidad; los hechos sin las ideas son fenómenos sin explicación racional.

Las teorías, si en la ciencia pudieran darse aisladas, serían fuegos artificiales de la fantasía; los hechos aislados de las ideas, son rutina sin organización.

Conviene, pues, que descartemos exageraciones. Toda ciencia, por serlo, es especulativa y es práctica; tiene hechos y crea ideas, estudia fenómenos y descubre leyes; porque no hay otra manera de crearla sinó subordinando la inteligencia á la realidad. Si la razón de la realidad son los hechos, la realidad de la razón humana son las ideas; sin estar integrada la ciencia por ambos elementos, ni siquiera es dable concebirla.

Todas las ciencias, pues, ofrecen la verdad que sirve de alimento á la inteligencia, y préstanse á ser utilizadas en los variados fines de la vida en su aspecto moral ó material. Tratar de ponderar una rama determinada con exageración es incurrir en lamentable vulgaridad. Toda especulación, elegida á impulso de las aptitudes, y profesada con el entusiasmo de la vocación, es igualmente honrosa. Minerva, demócrata é igualitaria, no distingue los obreros que en su taller trabajan por los materia-

les que manejan, sino por el entusiasmo y elevación que en servirle ponen.

Sucede, sin embargo, que por la peculiar naturaleza de la esfera ideal que cada ciencia estudia, aparecen éstas en gradación armónica de subordinación, no de inferioridad. Apoyan las más simples á las más complejas en perfecta solidaridad. Ocurre al mismo tiempo que la finalidad ó aspecto práctico del variado conjunto científico es distinto en ellas, en relación á la peculiar índole de su objeto. Así la Matemática presta sus relaciones y verdades á las ramas de la Físico-Química, que traduce su finalidad en el maravilloso desenvolvimiento material, fruto de la ingeniería y la mecánica, movimiento que en último término no significa otra cosa que grandes mejoras en el desarrollo material reflejadas en el bienestar general.

Sirviendo las Ciencias todas al mejoramiento de la vida humana, su valoración práctica, estará forzosamente en función de los resultados alcanzados en este perfeccionamiento, y como cabalmente la energía psíquica, el espíritu humano, es el contenido más valioso de nuestra personalidad, aquellas ciencias, mediante las cuales se desarrollen más cumplidamente estas energías, son también las que encierran un aspecto práctico más elevado y tiene misión educadora de inestimable valor.

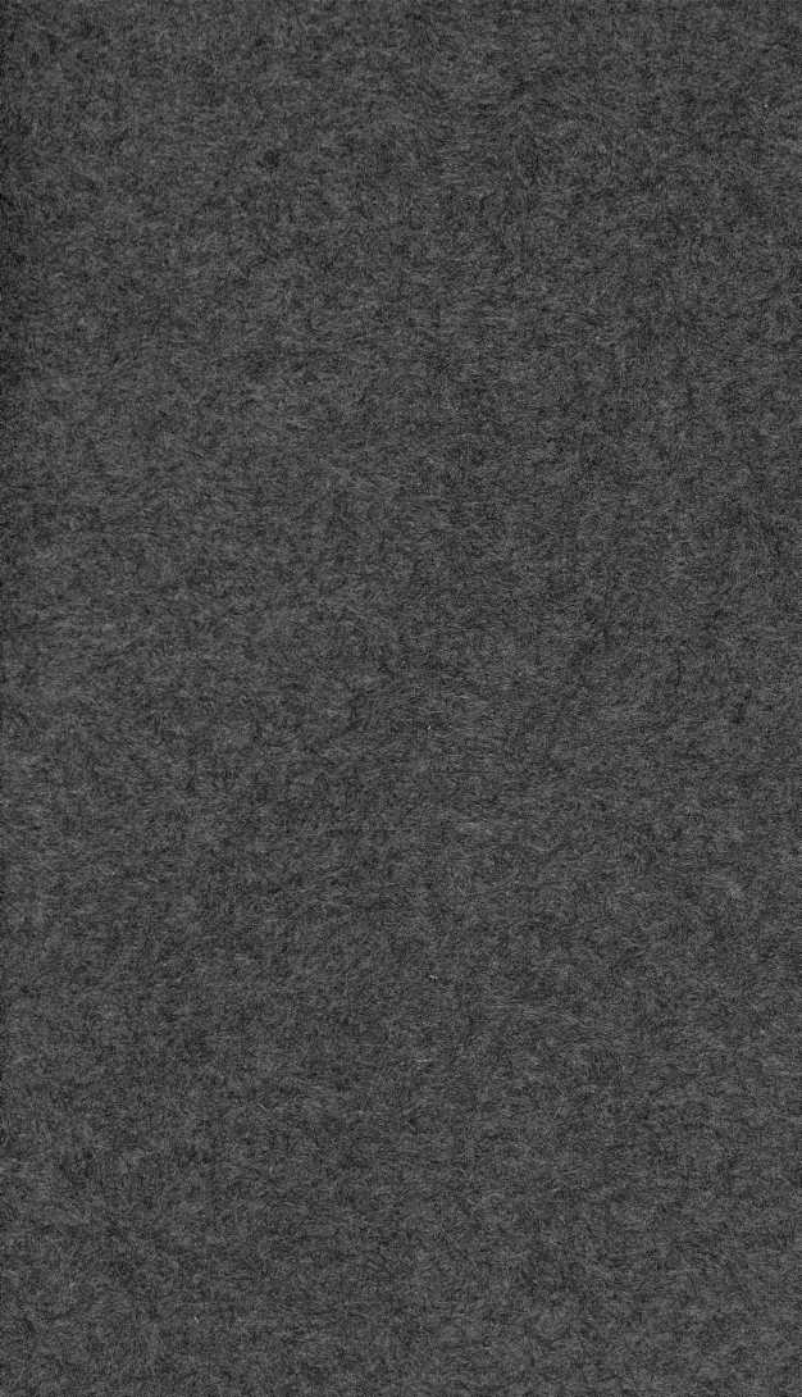
Cumplir la ley del progreso, trabajar de una manera consciente en la Evolución Universal, es nuestro destino y la finalidad de la Historia.

Toma esta ley, al individualizarse en la humana conciencia, el aspecto de la ley moral. Moralizar al hombre, para que desarrolle su naturaleza específica en armónico engranaje con el plan Providencial, es el fin que el historiador se propone exponiendo ante nuestros ojos el hermoso drama de la vida. Espíritus egoistas que no véis las ventajas de la ciencia, sino cuando en bienestar material se traducen para ofreceros comodidad, si encontráis en las ciencias positivas otra que encierre más amplio valor educativo, seguid considerándola como vana especulación; pero si no habéis olvidado que no sólo de pan vive el hombre, si vuestra mente es capaz de subir á la cumbre del panorama intelectual, espero que para la ciencia que hace al hombre cada vez más hombre guardaréis en adelante admiración y respeto profundo, considerándola con Cicerón como maestra de la vida.

¡Obreros de la casta Diosa que, como yo, habéis elegido la Historia ~~de~~ su misión educadora para finalidad de nuestra vida, recibid mi felicitación porque, si los favores de la verdad se conquistan venciendo más obstáculos que en otras ciencias, somos recompensados con largueza en los sabrosos frutos producidos, porque en la dura lucha con la ignorancia laboramos por el mejoramiento de la vida humana individual y colectiva; y además de encontrar el reconocimiento y las caricias de Minerva en nuestro perfeccionamiento individual, al infiltrar en las generaciones futuras

los lineamientos del ideal, dejamos, del único modo que es posible en la tierra, una estela luminosa, un rastro de inmortalidad!





Precio: 2 pesetas